

CAÍDA DEL BLOQUE SOVIÉTICO Y RELANZAMIENTO DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

El año 1989, *annus mirabilis* del capitalismo occidental, pasará a la historia por la caída del muro de Berlín y por la caída de la mayoría de los regímenes dictatoriales de los países de la Europa oriental. El proceso fue extremadamente rápido: en poco más de seis semanas de noviembre y diciembre de 1989 los llamados países satélites de la URSS emprendieron un camino distinto, que les aproximaba al mundo libre occidental. El año 1989 también es el último año de crecimiento alto que podemos registrar: un 3,4 por 100 de aumento del PIB de toda la Europa occidental. La década siguiente será muy distinta.

La Europa oriental y la URSS habían experimentado una lenta decadencia desde el final de la edad dorada, tal como podemos apreciar en el cuadro 73.

Cuadro 73. Tasas de crecimiento del PIB de la URSS y de la Europa Oriental, 1975-1998 (en%)

Año	URSS	Europa oriental	Año	URSS	Europa oriental
1975	2,8	3,6	1987	1,3	-0,6
1976	4,7	2,6	1988	2,1	0,9
1977	2,4	3,5	1989	1,5	-1,3
1978	2,5	3,2	1990	-2,4	-7,7
1979	-0,5	1,5	1991	-6,3	-10,9
1980	0,1	0,5	1992	-15,6	-5,3
1981	0,9	-1,2	1993	-9,9	-1,6
1982	2,5	0,9	1994	-13,9	3,9
1983	3,2	1,5	1995	-5,4	5,7
1984	1,3	3,1	1996	-2,8	3,8
1985	0,9	0,1	1997	1,7	2,9
1986	4,1	2,8	1998	-2,0	2,3

Fuente: Elaboración propia a partir de Maddison, 2001

La primera crisis del petróleo se vivió de forma bastante similar en las dos mitades de Europa. Tampoco hubo grandes diferencias entre la URSS y sus aliados europeos. La segunda crisis, entre 1979 y 1981, se sufrió más en el Este. No se habían aprendido lecciones de ningún tipo, y el segundo golpe hizo más daño que el primero. Durante años, los países del área soviética habían podido comprar petróleo a la URSS a precios por debajo de los del mercado mundial y revenderlo. Esto era posible porque dentro del COMECON los precios de las transacciones entre los aliados se fijaban con una media móvil de los cinco años anteriores, para eliminar así las fluctuaciones transitorias. Mientras que el petróleo se encareció en el primer *shock*, ello significó petróleo barato para los países del Este y la posibilidad de unos ingresos extras obtenidos por la reventa en los mercados mundiales. Además, como ya mencionamos, el grifo del crédito occidental se había abierto con generosidad, y todos recurrieron a él. Con el segundo *shock*, se superpusieron los encarecimientos derivados del método de

cálculo aplicado y los nuevos incrementos del mercado. La situación se hizo insostenible después de 1981. Muchos tuvieron que endeudarse en Occidente para hacer frente a sus importaciones indispensables. Los créditos contraídos con anterioridad ya generaban una masa de intereses muy pesada que ahora se agravaba con la subida del dólar. Después de 1981, todo fue de mal en peor. Mientras que los países occidentales recuperaban, lenta pero sólidamente, su ritmo de crecimiento, los orientales no conseguían estabilizar sus economías en un nivel expansivo. A partir de 1985 el contraste fue muy agudo. Incluso la URSS, que aguantó mucho mejor la comparación con Occidente durante los primeros años de la década, no logró sostener el pulso después de 1986. Los gastos militares provocados por la guerra en Afganistán combinados con el desafío militar estadounidense multiplicaron los gastos de defensa. Las reformas emprendidas por Gorbachov no dieron el resultado económico apetecido y el sistema fue perdiendo capacidad de maniobra. Tras las revoluciones democráticas del otoño de 1989 en la Europa oriental, la Unión Soviética también se planteó, aunque con menos energía, acelerar la transición a la democracia y al capitalismo. El proceso precipitó bruscamente el mes de agosto de 1991 a raíz de un intento de golpe de Estado que tenía por objetivo acabar con Gorbachov y volver a la ortodoxia comunista. El golpe fracasó, aunque sí logró derribar a Gorbachov. Lo sustituyó el líder de la resistencia al golpe, Yeltsin, quien aceleró los cambios. Éstos consistieron, fundamentalmente, en la solemne disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y su sustitución por una Confederación de Estados Independientes, y en la convocatoria de elecciones democráticas.

Una vez derrumbados los regímenes dictatoriales del Este europeo, la transición de un sistema socialista, planificado y cerrado al exterior, a otro capitalista, de mercado y abierto, fue enormemente traumática. En términos de PIB significó cuatro años de contracción, de 1990 a 1993. Los dos primeros supusieron caídas de dimensión equivalente a las que se habían producido como consecuencia de las guerras mundiales y de las desorganizaciones subsiguientes a las derrotas: un hundimiento del 18 por 100 en dos años. En 1992 y 1993 la caída se fue frenando, y en 1994 se volvió a tasas positivas. ¿Qué sucedió en esos años? Una verdadera revolución económica. Las economías se abrieron al comercio exterior de bienes y servicios y a los movimientos de personas y capitales. Este cambio, que puede significar décadas para muchos países, se produjo casi instantáneamente, como un *big bang*. La planificación dejó de funcionar y aparecieron los mercados, aunque sin control alguno, sin instituciones arbitrales, sin derecho que amparara los contratos. Este segundo *shock* fue algo —no mucho— más lento. El tercer gran cambio fue la privatización de las propiedades en manos públicas. Por la enorme trascendencia sobre las cuentas públicas y sobre las fortunas privadas, éste fue el paso al capitalismo más discutido públicamente y que más definió las posiciones de los emergentes partidos políticos. De los tres grandes cambios, fue el que tomó más tiempo —y en muchos casos no se ha completado—, pero aún así, debe reconocerse que se realizó a una velocidad sorprendente si tenemos en cuenta el calado económico, social e histórico que representaba. En líneas generales, los países que decidieron acelerar los cambios han logrado abreviar el sufrimiento de la etapa de transición y entrar en una nueva era de crecimiento. Los que vacilaron en el proceso de

transición han quedado empantanados entre dos sistemas y han sufrido recaídas dolorosísimas. El cuadro 74 nos ilustra los dos modelos. Fácilmente se pueden apreciar las variantes que hemos mencionado. La transición de más éxito —quizá la única de verdadero éxito— ha sido la polaca, que ha logrado minimizar las pérdidas (en términos de intensidad de la caída del PIB y en términos de duración de la misma) del período de cambio de sistema, ha logrado volver a crecer con ímpetu bajo el nuevo sistema y ha superado los niveles del PIB de 1988, que era el máximo bajo el régimen socialista. La ex Checoslovaquia no ha logrado tanto. Con la división pacífica entre Chequia y Eslovaquia, parecía que la primera llevaba todas las de ganar. Completó una transición casi tan rápida como la polaca, pero no consiguió sostener un buen ritmo de crecimiento durante años. El resultado es que ha consumido un primer ciclo de auge y crisis sin lograr recuperar su máximo productivo bajo el anterior sistema. Eslovaquia, que empezó peor, con un régimen político que parecía más propio del Antiguo Régimen, con escasa dotación de infraestructuras, con una población menos educada, y con un peso agobiante de la gran empresa estatal, ha conseguido, tras dos años de prolongamiento de su transición, volver a crecer con mucho brío desde 1994 y sí que ha recuperado su nivel anterior. Hungría transitó entre los dos sistemas a medio camino entre Chequia y Eslovaquia, pero no logró que su crecimiento despegara verdaderamente. Mientras que estos dos países y Polonia alcanzaron tasas de crecimiento superiores al cinco por 100 con apreciable rapidez, Hungría ha tardado mucho más en acelerar su crecimiento. A cambio, ha proporcionado mayor solidez a su nueva arquitectura económica. Tanto Hungría como los otros países anteriormente mencionados constituyen la parte exitosa de la transición al capitalismo y al mercado, y por ello son candidatos a incorporarse a la próxima ampliación de la Unión Europea. Los otros tres son transiciones fracasadas.

Cuadro 74. *Tasas de variación del PIB de la Europa Oriental, 1988-1998 (en %)*

<i>País</i>	<i>1989</i>	<i>1990</i>	<i>1991</i>	<i>1992</i>	<i>1993</i>	<i>1994</i>	<i>1995</i>	<i>1996</i>	<i>1997</i>	<i>1998</i>	<i>1998/1989</i>
Polonia	-1,6	-9,7	-7,0	2,6	3,8	5,2	7,0	6,0	6,8	5,0,	117,8
Chequia	0,8	-2,8	-11,6	-0,5	0,1	2,2	5,9	3,8	0,3	-2,3	96,6
Eslovaquia			-14,6	-6,5	-3,6	4,8	7,0	6,5	6,6	4,4	
Hungría	-2,2	-6,7	-11,9	-3,1	-0,6	2,9	1,5	1,3	4,5	4,9	90,0
Rumania	-3,2	-10,9	-12,9	-8,8	1,6	3,9	7,1	4,0	-6,9	-7,3	69,6
Ex Yugoslavia	-1,3	-7,3	-13,3	19,0	16,7	3,9	5,3	4,9	6,2	2,9	67,1
Bulgaria	-1,8	-10,9	-8,4	-7,3	-1,4	1,8	2,8	-10,2	-7,0	3,6	66,4

Fuente: Elaboración propia a partir de Maddison, 1995 y 2001.

En efecto, tanto Rumania como Bulgaria, tras realizar sus transiciones a un ritmo similar al de Eslovaquia y lograr tasas de crecimiento positivas, han recaído en el marasmo económico más intenso y se ven abocadas a replantear por completo sus sistemas y políticas. Las razones, múltiples, están inevitablemente vinculadas a las dificultades de adaptación al mercado de países mucho más atrasados, en los que las principales inversiones realizadas durante la época de hegemonía soviética han

resultado ser completamente inútiles —cuando no negativas— en un nuevo contexto de mercado abierto. Eso también sucedió en la RDA, pero ahí la absorción por parte de la RFA ha solucionado los problemas mediante la inyección de enormes cantidades de recursos. Volveremos sobre ella. Los países balcánicos, a diferencia de los vecinos septentrionales del bloque soviético, disponían de tradición occidental (en lo político y en lo legal) más breve. El caso más extremo (por no mencionar la pequeña Albania) ha sido el de la ex Yugoslavia. Su fragmentación, a diferencia de la checoslovaca, ha sido inmensamente traumática, y ha dado lugar a guerras largas, devastadoras y muy crueles que han ocupado toda la década y siguen ocupando lo que va de la siguiente. Las caídas —el hundimiento— del PIB entre 1989 y 1993 no reflejó tanto una transición al mercado como el simple caos derivado de la fragmentación violenta del Estado yugoslavo en unas condiciones de cambio de sistema que hubieran debido ser favorables para la economía yugoslava, que era la más mercantilizada, interna y externamente, de todas las economías del Este europeo. Lo que hubiera debido ser un punto de fuerza ante los desafíos y oportunidades de la transición — la existencia de numerosas empresas privadas, la mayor difusión de prácticas mercantiles occidentales, la emigración a la Europa occidental, las incipientes inversiones extranjeras, la apertura al turismo, el comercio exterior más libre, etc. — se echó a perder por completo ante la desmembración *manu militan* de la República. Eslovenia, la primera en separarse, es la que mejor ha aprovechado la década, pero no se puede hablar, en absoluto, de un milagro económico, sino de una simple exclusión del escenario del caos que le ha permitido salvarse del marasmo.

La URSS ha sufrido la más traumática de las transiciones. Comenzó, a la vez, antes y después. El gobierno de Gorbachov introdujo, a partir de 1985, reformas en el clima de libertad, en la información (la *Glasnost*), en la vida política, pero apenas en la economía. De hecho, Gorbachov no tocó el sistema de planificación. Sólo tras el fallido golpe de estado de agosto de 1991, y la subsiguiente liquidación de la URSS, comenzó una transición económica que se ha realizado en medio de un clima de confusión, sin dirección, ni orden ni concierto. El comercio exterior se liberalizó instantáneamente, mientras que la mayoría de los mercados internos seguían controlados por la oficina de planificación, dando lugar al hundimiento de la capacidad recaudatoria del Estado, y a la disolución de todos los mecanismos de monopolio de la violencia característicos de un Estado. De 1990 a 1998 se puede hablar de un desastre económico, peor al de cualquiera de los demás países del bloque soviético. Del hundimiento sólo se puede matizar la intensidad (véase cuadro 75). Las repúblicas del Uzbekistán, Estonia y Bielorrusia han logrado recuperar el pulso económico y realizar algo parecido a una transición hacia un nuevo sistema económico. Han tenido más éxito que los países balcánicos; el resto está peor.

La RDA es un caso singular. La más próspera de las economías del Este europeo ha gozado de la fortuna de ser absorbida por la RFA mediante el proceso de unificación política y económica —una verdadera fusión de Estados— que se puso en marcha inmediatamente después de la caída del muro de Berlín, y que fue sancionado legalmente un año después (octubre de 1990). Para la RFA encajar la impacto de la incorporación de la RDA en sus fronteras y en sus presupuestos fue un desafío de

grandísimas proporciones. La RDA representaba una cuarta parte de la población de la RFA (16 millones de habitantes) a la que se había de proporcionar derechos económicos, infraestructuras y oportunidades equivalentes a los vigentes en la RFA.

Cuadro 75. *Caída del PIB en los estados sucesores de la URSS, 1990-1990 (1990=100)*

<i>Estados europeos</i>		<i>Estados asiáticos</i>	
Bielorusia	80,1	Armenia	61,9
Estonia	86,4	Azerbaijón	49,0
Letonia	57,6	Georgia	36,0
Lituania	68,5	Kazakhstán	61,2
Moldavia	33,6	Kyrgyzstán	60,8
Ucrania	40,9	Tajikistán	31,9
<i>Estado Euroasiático</i>		Turkmenistán	62,7
Federación Rusa	57,7	Uzbekistán	90,6

Fuente: Maddison, 2001.

Todo ello exigió una inversión cuantiosa que la nueva Alemania unificada realizó endeudándose. Al igual que hizo Reagan para financiar su programa de rearme, el canciller Kohl aprovechó la centralidad del marco y de la economía alemana en Europa, y le bastó que el Bundesbank subiera los tipos de interés para atraer fondos de todo el mundo, y muy especialmente de toda Europa. El problema de la financiación de la reconstrucción de la ex RDA quedó centrifugado a todo el territorio de la Unión Europea. Como por virtud de los acuerdos que habían dado lugar al Sistema Monetario Europeo, las distintas divisas debían mantenerse en una estrecha banda de fluctuación, los bancos centrales defendieron la paridad de sus divisas dentro del SME tanto como pudieron, pero la tendencia a la revaluación del marco alemán fue imparable y acabó provocando, en septiembre de 1992 una crisis cambiaria de grandes proporciones. La libra esterlina y la lira italiana decidieron abandonar el mecanismo de tipos de cambio del SME, y después, para evitar que las divisas española, irlandesa y portuguesa siguieran el mismo camino, se acordó ampliar las bandas de fluctuación de más / menos 2,5 por 100 a más/menos quince por 100, facilitando así devaluaciones de grandes proporciones —de hecho, legalizando las que se estaban produciendo—. La inestabilidad durará a lo largo de 1993. Los esfuerzos de integración monetaria, acordados en 1991 con el tratado de Maastricht que establecía la Unión Europea, se interrumpen ante la ausencia de coordinación y cooperación entre los Estados. El hundimiento de la economía, que en el conjunto de la Europa occidental cae en términos absolutos, como sólo le había sucedido antes en 1975, redefine todos los problemas. Los altos tipos de interés, de los que tanto se había abusado por parte de todos los bancos centrales —siguiendo el modelo alemán— habían frenado la marcha de la economía. Las devaluaciones eran una respuesta no prevista ni deseada, pero que obligaba a buscar un nuevo equilibrio.

La Unión Económica y Monetaria fue la respuesta colectiva al conflicto surgido entre la incertidumbre que muchos sintieron ante la unificación alemana de 1990 y la necesidad alemana de dar prioridad, siquiera temporalmente, a la resolución de sus problemas internos. La utilización desconsiderada de la política monetaria por parte del

Bundesbank puso en evidencia la imposibilidad de ejercer políticas monetarias independientes de la alemana. De común acuerdo, Alemania elevó su monetarismo a categoría europea, mientras sus socios comunitarios garantizaban que, a través de órganos supranacionales, una política monetaria común tendría en cuenta sus respectivos intereses. Así pues, cuando la Unión Europea adquiere vida oficial en 1993, se reactivan las políticas de integración monetaria. El «euro» representará la máxima expresión de la europeización económica. Se crea el Instituto Monetario Europeo en 1994, y se relanza el calendario para el cumplimiento de los criterios de incorporación a la moneda única, que deberían cumplirse no más tarde de mediados de 1998. Estos criterios (conocidos como los criterios de convergencia de Maastricht), que dominarán la vida económica de la Europa occidental durante los años 1994-1998, consistirán en no haber devaluado en los dos últimos años, no tener una tasa de inflación superior en un punto y medio al promedio de las tres más bajas, no tener tasas de interés a largo plazo superiores a dos puntos de las tres más bajas, no tener una deuda pública que supere el sesenta por 100 del PIB ni un déficit de las cuentas públicas superior al tres por 100 del PIB. Los criterios de Maastricht, y la voluntad política de aplicarlos, ayudaron al movimiento de reducción de la inflación que se había puesto en marcha a principios de la década anterior, pero que se había estancado. La energía del compromiso político por la contención del gasto y la deuda y por el control monetario ayudaron al cumplimiento de los objetivos fijados por donde menos se podía esperar: por la confianza de los mercados. En efecto, el precio del dinero comenzó a caer en toda Europa occidental. La crisis económica aunada a la contundencia de las políticas monetarias redujo el coste del dinero. Con capitales más baratos, fue más fácil controlar los déficits públicos, normalmente debidos a un endeudamiento excesivo. Con menos déficit era más fácil deshinchar el globo de la deuda. El círculo virtuoso permitió que la economía europea recuperar la senda del crecimiento y, a la vez, mejorar sensiblemente su estabilidad monetaria. Con los deberes cumplidos por parte de la mayoría de socios comunitarios —ampliados a quince desde el primero de enero de 1995 por la adhesión de Austria, Finlandia y Suecia—, las paridades fijas del euro fueron aprobadas en mayo de 1998 y la moneda única comenzó a cotizar en los mercados monetarios desde el primero de enero de 1999. Desde entonces, el miedo a la pérdida de margen de maniobra por parte de los gobiernos nacionales, que había estado en la base de las reservas a su adopción, no ha tenido ocasión de expresarse. El Euro se ha ido devaluando respecto al dólar, reflejo de que las condiciones económicas europeas, colectivamente consideradas, exigían un ajuste a la baja.

A. Carreras, “El siglo XX entre rupturas y prosperidad (1914-2000)” en *Historia Económica de Europa, siglos XV-XX*, pp. 404-410.